

*Ana Fernández de Córdoba, viceregina di Napoli (1666-1671)*

La storia delle vicereine di Napoli rimane una ricerca da avviare. Appartenevano ai principali casati spagnoli e parteciparono in pratiche informali del potere, a volte furono capaci di introdurre nuove abitudini nella cultura cortigiana napoletana. Ana Fernández de Córdoba (1608-1679) apparteneva a una nobile famiglia castigliana: figlia del V marchese di Priego, sposò il governatore di Milano, il duca di Feria, nel 1625 e, alla sua morte, Pietro Antonio d'Aragona nel 1649, lo stesso anno in cui divenne "camarera mayor" della regina Mariana d'Austria.

Quando l'Aragona ricevette l'incarico di viceré di Napoli, Ana l'accompagnò e poté soggiornare per seconda volta in Italia. Molto visibile alla Corte di Napoli, la viceregina prese l'iniziativa di segnalare al marito diverse persone per incarichi pubblici, partecipò attivamente alle feste della città. E non solo: introdusse nuove abitudini tra l'aristocrazia napoletana ed esibì nuove devozioni attraverso un esteso mecenatismo conventuale.

Durante l'ambasciata d'obbedienza del marito al Pontefice nel 1671, Anna s'impadronì del palazzo reale di Napoli dove continuò a risiedere, malgrado la nomina di un viceré ad interim, il marchese di Villafranca, che dovette scegliere un'altra residenza.

La relazione intende mettere in luce la singolarità del ruolo di questa viceregina e l'importanza di approfondire la conoscenza sulla presenza femminile e la sua incidenza nella Corte di Napoli nel Seicento.

Disponemos hoy de muy pocos estudios sobre las virreinas de Nápoles del siglo XVII en general o de virreinas concretas en particular. No existe todavía un cuadro general, semejante al que para los virreyes realizaron Parrino, en el siglo XVII, o Coniglio, en el siglo XX. En otra sede, recientemente, me encargué de dar una primera visión de conjunto sobre los perfiles y aportaciones de estas mujeres en el terreno cultural y político del siglo XVII. La historiografía española ha abordado el estudio de las reinas, consortes o regentes, y de las gobernadoras de las provincias de la monarquía hispánica como Isabel Clara Eugenia, pero las virreinas no han recibido la misma atención, mientras que las virreinas americanas sí han sido objeto de algún estudio. Conviene hacer una primera precisión terminológica: ellas no poseían el título jurídico, pero eran conocidas por los contemporáneos como "virreinas". Eran visibles y desarrollaron unas prácticas informales del poder en Nápoles. Sólo la Cámara de la reina en Madrid, a la que algunas virreinas pertenecieron, fue un espacio institucionalizado femenino de la Corte, en el que las mujeres nobles en España recibían remuneraciones y accedían a privilegios. Las virreinas de Nápoles, en cambio, ocupaban sólo espacios informales de poder.

Una de las preguntas relevantes es: A qué familias pertenecían? Cuál era su conocimiento previo de Italia cuando llegaban a Nápoles? Existe una abundancia de noticias que nos proporcionan de las virreinas las fuentes napolitanas, como el propio Parrino, además de Innocenzo Fuidoro, Antonio Bulifon o Domenico Confuorto, así como la correspondencia de la época y los libros de ceremonias. Estas fuentes nos las describen a veces como discretas madres y esposas, a veces como mujeres varoniles para indicar su carácter fuerte y vocación política.

Las primeras investigaciones apuntan que las virreinas tuvieron siempre un pasado familiar ligado a Italia de uno u otro modo. Casi siempre tuvieron, además, una relación de parentesco con el valido del rey; fueron hijas, hermanas, o sobrinas del duque de Lerma primero, del conde-duque de Olivares o de don Luis de Haro después, y del duque de Medinaceli por último. Las virreinas, de esta forma, y no sólo sus maridos, se convertían en el instrumento que garantizaba al valido una buena información de lo que en Nápoles acontecía.

Muchas, además, tuvieron una relación de parentesco con camareras de la reina, como Catalina de la Zúñiga y Sandoval que era cuñada de Catalina de la Cerda, camarera mayor de Margarita de Austria o Eleonora Olivares que era también cuñada de la camarera mayor Inés de Zúñiga. Nuestra protagonista, Ana Francisca de Córdoba y Aragón, también tuvo un vínculo con el universo femenino de la Corte, en calidad de sobrina de Ana de Cardona y Aragón, camarera de la infanta María Teresa.

La mayoría de las virreinas tenía una media de 40 años al llegar a Nápoles, con las excepciones de las dos únicas virreinas italianas del siglo XVII, Lucrecia Legnano de Gatinara, de once años de edad (tendrá veintiséis la segunda vez que gobierne su marido) y Anna Caraffa, de 29; o con la excepción también de otras virreinas que rondaban los treinta, como Catalina de la Cerda y Sandoval y Ana Francisca de Córdoba y Aragón que es hoy objeto de nuestro estudio. También las hubo que rondaban los cincuenta años al llegar a Italia, como Mencía de Mendoza Zúñiga y Requesens o Luisa de Sandoval y Padilla. Y algunas incluso sobrepasaban los sesenta años, como Ana Fernández de Córdoba y Ana María de Guzmán y Silva, las dos virreinas más ancianas del siglo XVII.

Ana Fernández de Córdoba (1608-1679) pertenecía a una ilustre familia andaluza, los Fernández de Córdoba, marqueses de Priego. Al quedar viuda de su primer marido, el III duque de Feria con el que había residido en Milán, y tras fallecer en 1637 el hijo de ambos, don Lorenzo-Gaspar Suárez de Figueroa, IV duque de Feria, se extinguió en él la línea y el ducado de Feria pasó entonces al padre de Ana, Don Alonso Fernández de Córdoba, V marqués de Priego, titulado ahora también V duque de Feria. Aproximadamente diez años después, en 1649, Ana casó con Pedro Antonio de Aragón de la casa andaluzo-aragonesa de los duques de Cardona y Segorbe. Ana regresaría por segunda vez a Italia acompañando a su segundo marido, nombrado embajador de España ante la Santa Sede en 1664 y virrey de Nápoles en 1666, cargo que ocuparía hasta 1672. Al acompañar a su marido, Ana se convirtió en introductora y mediadora en una realidad, la italiana, que, a diferencia de su

marido, conocía bien. Este caso acercaba a Ana Fernández de Córdoba al de muchas otras virreinas que también se convirtieron en mediadoras de sus maridos en Italia, lugar que conocían mejor que ellos por haber residido allí.

Las fuentes nos ilustran largamente sobre los hábitos de la virreina en la vida palaciega. Sabemos que Ana Fernández de Córdoba gustaba de bajar a la nueva dársena que construyó su marido en 1668, para pasear y pescar acompañada de muchas damas de la corte. Esta actitud tuvo mucho que ver con los deseos de su marido de incorporar el área urbana del palacio en los circuitos aristocráticos de ocio en la ciudad. En este sentido, el virrey y la virreina trataron en ocasiones de alterar el recorrido de una procesión para que tuviera que pasar por el largo de palazo. El tiempo que residió en palacio, Ana Fernández de Córdoba intervino activamente en el nombramiento de los artistas que debían trabajar al servicio del virrey.

En 1671, Pedro Antonio de Aragón tuvo que acudir a Roma en su embajada de obediencia al nuevo Papa Clemente X. A diferencia de lo que hiciera la virreina condesa de Lemos en la embajada de obediencia al Papa de su marido a principios de siglo, Ana Fernández de Córdoba decidió permanecer en Nápoles para tratar de apaciguar las críticas y descontentos que se estaban levantando en Nápoles contra el segundo trienio de su gobierno.

Al preguntarnos por los hábitos de lectura, los gustos coleccionistas o el grado de afición que tenían las virreinas hacia el teatro o la música, nuestra virreina vuelve a aparecer con luz propia. Son preguntas que aún no podemos responder con exactitud, pero las fuentes nos han legado algunas noticias que queremos recoger aquí.

Sabemos que Catalina Zúñiga y Sandoval, condesa de Lemos, virreina de Nápoles a principios de siglo, consiguió reunir una biblioteca y hasta una colección de pinturas nada desdeñable. El retrato de nuestra virreina, Ana Fernández de Córdoba, llegó a presidir, al lado del de su marido, la biblioteca de Poblet que ambos habían legado al monasterio catalán a su regreso de Italia en 1672. La virreina Ana Fernández de Córdoba también coleccionó objetos artísticos que luego dispuso en distintas salas de su palacio en la calle del Príncipe en Madrid, cuya distribución conocemos gracias a un inventario de bienes que refiere con exactitud todo el contenido de la colección artística.

A lo largo del siglo XVII hubo virreinas más visibles que otras. Las virreinas nunca participaban en las ceremonias constitucionales que siempre estaban presididas por el virrey, como su entrada pública en la ciudad seguida del juramento de las constituciones y privilegios de Nápoles, sus visitas a los tribunales o a las principales autoridades de la ciudad. En cambio participaban en cualquier otro acto público o privado del virrey. Participaban con ellos en las fiestas del Corpus Domini, Corpus Christi, San Genaro o San Juan Bautista. Cuando en Nápoles se celebraba el cumpleaños del rey, por ejemplo, tanto la virreina como el virrey recibían las felicitaciones de la ciudad, representando por igual al monarca. Así sucedió durante la presencia de Ana Fernández de Córdoba en la ciudad. Las virreinas, al igual que sus maridos, cargaban de significado político sus visitas a los conventos de la ciudad, por ejemplo con la voluntad de reafirmar la jurisdicción regia en detrimento de la eclesiástica.

Cuáles eran los principales conventos de Nápoles que gozaron del favor de las virreinas? Los principales casos de mecenazgo conventual que evocan las fuentes como Parrino o Bulifon son, por ejemplo, el del convento de padres franciscanos reformados de la Cruz, frente al palacio real de Nápoles, que recibió las generosas donaciones de la condesa de Lemos de 1000 escudos para su construcción, después de sufrir un devastador incendio en noviembre de 1605. Catalina de la Cerda y Sandoval, condesa de Lemos, donó, en 1623, a la iglesia de los padres jesuitas del colegio de San Javier de Nápoles para su fundación, una dote de treinta mil escudos de oro, además de otros mil cuatrocientos escudos para la decoración de la iglesia. En su testamento volvió a donarles otros cincuenta mil escudos.

Ana Fernández de Córdoba, como otras virreinas, fue muy activa en su mecenazgo conventual en la ciudad de Nápoles, pero podemos apuntar que hay otros aspectos que la convierten en una virreina singular, que la hacen merecedora de especial atención entre los historiadores. Los podríamos resumir con las siguientes palabras. Tuvo una especial visibilidad en las tareas de gobierno de su marido Pedro Antonio de Aragón, al querer permanecer en palacio real de Nápoles durante la ausencia de su marido (embajada de obediencia al Papa) y mantener allí toda la agenda política que generaban los consejos, impidiendo que el virrey en ínterin ocupara ese espacio político. Conocemos su papel en el nombramiento de diversos oficios en palacio real de Nápoles gracias a la crónica de Fuidoro que dejó testimonio de algunos casos, algo que no se repite con ninguna otra virreina, con las investigaciones que hemos realizado hasta la fecha. Y por último, sabemos que Ana Fernández de Córdoba tuvo interés en difundir nuevas modas por ejemplo como la de practicar la pesca en la dársena del puerto, para crear unas nuevas conductas aristocráticas en la ciudad y erigirse en modelo ejemplar.